



Laura Angelica Moya López

José Luis Piñeyro

Conocí a José Luis Piñeyro en 1986, cuando él impartía las materias de Sociología del Desarrollo Latinoamericano y lo que entonces se llamaba América Latina I y II, una especie de historia sobre la región. Fui su alumna durante un año, lo cual en esos tiempos era toda una hazaña de sobrevivencia, con un profesor que como él se había ganado a pulso la fama de ser autoritario, muy exigente, riguroso. Acepté gustosa el reto de conocerlo y probar. Como sucede en estos casos, nadie hablaba de las incontables cualidades de José Luis como profesor e investigador de la UAM. En su lugar se dejó correr la leyenda sobre las dificultades inmensas para acreditar un curso con él, pues era “temible.” Efectivamente, lo era. Emocionada como estaba por conocer la cuestión latinoamericana después del desarrollismo y del auge de la teoría de la dependencia, José Luis Piñeyro me cautivó como profesor; Sí, era súper estricto, y exigente... por la sencilla razón de que cumplía con las reglas del juego para estar en el salón de clase. Era impecable en la discusión, riguroso, generaba polémica en torno a los temas y nos hacía pensar. Lo que él lograba era escaso en esa época y en ese medio, todavía teñido de marxismo estructuralista y análisis marxista de las clases sociales. Con José Luis leímos a los clásicos de la teoría de la dependencia y, por supuesto, a Agustín Cueva; sin embargo en sus clases siempre era obligado entender el alcance explicativo de estas reflexiones y sus claros límites.

Su papel no era convencernos de nada, sino poner al alcance de la mano otros modelos de reflexión que abría el panorama teórico, histórico y metodológico para una investigación sociológica mucho más compleja. Lo anterior iba mucho más allá de lo que un joven universitario, proclive a las respuestas fáciles y las verdades simplificadoras, deseaba escuchar. Detestaba la arenga política, disfrazada de análisis histórico y político. “Cada cosa en su lugar”, le escuché decir y cumplía. Capturaba rápidamente nuestra atención y lograba sostenerla, pues todo el tiempo retaba con argumentos, con mucha lectura de clásicos y de la prensa diaria. Su capacidad de análisis estaba aderezada de elocuencia, así como de una gran agilidad para la ironía. Era muuuy simpático y mordaz. ¡Me encantaba su clase!

He de confesar que me divertía ver cómo a lo largo del trimestre, el número de alumnos de mi grupo iba cayendo poco a poco, pues comenzaba cada clase haciendo preguntas sobre las lecturas asignadas; le irritaba el tono taimado y la actitud ladina de quien no leía y deseaba permanecer en el aula, ya que todos sabíamos que sus clases no podían ser reemplazadas, por más lecturas que uno realizara por su cuenta. Era un profesor joven y a la vez sabio, con el que uno se comprometía o se iba. Así de simple. Sabía uno a qué atenerse y lo cumplía a rajatabla. Siempre se lo agradecí.

José Luis no lo necesitaba pero siempre lo apoyé, y lo admiré. Ya como profesora en el Departamento de Sociología y siendo su colega en ciernes, supe de varios episodios y cuitas políticas internas en las que se vio envuelto. Era una persona que para algunos resultaba incómodo, porque decía lo que pensaba, sin rodeos, en directo, y a quien fuera. Era irreverente y sólo respetaba si veía en sus interlocutores calidad académica, honorabilidad y ante todo congruencia, en un medio universitario mezquino en las victorias y olvidadizo en los quebrantos. Debo decir que cada vez que me lo encontraba, platicábamos con gusto. Ahí le aprendí más y valoré mejor los alcances de su trayectoria académica, del reconocimiento del que gozaba como especialista en temas de seguridad nacional y narcotráfico. No hacía alarde alguno. Fue además un reconocido editorialista y frecuentemente lo escuchaba en sus colaboraciones en diversos medios. Me enorgullecía decir que había sido mi profesor y ahora mi colega. Nunca, lo que se dice nunca, le hablé de tú. No podía. Y no es que a otros no los respetara por tutearlos, simplemente José Luis merecía esa distinción, y la aceptaba gustoso.

Lo extraño. Es para mí, uno de esos académicos que difícilmente pueden ser reemplazados. Pienso que, a pesar de la perdurabilidad de las instituciones, hay personas como él que pueden hacer la gran diferencia en la vida de muchos alumnos y en el sentido profundo, honesto y riguroso al que debe aspirar nuestro quehacer académico cotidiano.

Para José Luis Piñeyro sólo tengo gratitud que, como decía Simmel, es la memoria del corazón.

Laura Angélica Moya López
Profesora Investigadora
Departamento de Sociología
UAM-A.